

MÉXICO 2010
DIARIO DE UNA
MADRE MUTILADA

PREMIO BELLAS ARTES DE TESTIMONIO
«CARLOS MONTEMAYOR»

2011

MÉXICO 2010 DIARIO DE UNA MADRE MUTILADA

por

Ester Hernández Palacios



Chihuahua
Gobierno del Estado
Secretaría de Educación,
Cultura y Deportes



Instituto
Chihuahuense
de la Cultura



Instituto
Nacional de
Bellas Artes

 **CONACULTA**

*F*ICTICIA

MÉXICO

2012

PREMIO BELLAS ARTES DE TESTIMONIO «CARLOS MONTEMAYOR» 2011
Otorgado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el Instituto de Bellas Artes y el
Instituto Chihuahuense de la Cultura. El jurado estuvo integrado por: Elmer Mendoza, Myrna
Pastrana y Braulio Peralta.

MÉXICO 2010. DIARIO DE UNA MADRE MUTILADA

D.R. © Ester Hernández Palacios

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Primera edición: junio de 2012

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Rodrigo Toledo Crow

Diseño de la portada: Armando Hatzacorsian

Formación de planas: Paulina Ugarte Chelén

Consejeros editoriales: Raúl José Santos Bernard y Mónica Villa

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México DF

www.ficticia.com

libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

POR EL CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Consuelo Sáizar

Presidenta

POR EL INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Teresa Vicencio

Directora General

Sergio Ramírez Cárdenas

Subdirector General de Bellas Artes

Stasia de la Garza

Coordinadora Nacional de Literatura

Héctor Orestes Aguilar

Coordinador de Publicaciones

Reforma y Campo Marte s/n, Colonia Polanco, Chapultepec, Del. Miguel Hidalgo

C.P. 11560, México, D.F.

POR EL ESTADO DE CHIHUAHUA

Lic. César Horacio Duarte Jáquez

Gobernador Constitucional del Estado de Chihuahua

Lic. Jorge Mario Quintana Silveyra

Secretario de Educación, Cultura y Deporte

Arq. Fermín Gutiérrez Galindo

Director del Instituto Chihuahuense de la Cultura

Instituto Chihuahuense de la Cultura

Av. Universidad y División del Norte s/n, Col. Altavista

C.P. 31200 Chihuahua, Chihuahua (614)214 4800, ext. 115

Todos los derechos reservados.

ISBN (INBAL): 978-607-605-146-7

ISBN (FICTICIA): 978-607-7693-61-1

Impreso y hecho en México

*Una espada se me clava en el pecho
soy el muñón de un cuerpo desgajado
una llaga purulenta
una herida abierta hasta el hueso
un cuerpo mutilado*

8 de junio

*Hay golpes en la vida tan fuertes... ¡Yo no sé!
golpes como del odio de Dios...*

César Vallejo

I

Regresé a casa como a las 8:30. Cuando abrí la puerta y escuché las risas de mis tres hijas pensé: la felicidad está hecha de estos instantes cristalinos. Mejor que los poemas que acabo de leer con mis alumnos es el rumor de sus voces; mejor que la cima del amor y su recuerdo son sus presencias cálidas; mejor que todo es su alegría espontánea.

Tuvieron clase de yoga y se quedaron platicando para esperarme. Irene tiene prisa, pero después de unos minutos acepta quedarse a cenar. Pocas veces estamos juntas y solas las cuatro. Hablamos de sus planes. Como casi siempre, ella acapara la palabra: su bebé nacerá en Houston y yo debo acompañarla. Antes nos iremos de vacaciones. Ella pagará los boletos de sus hermanas...

Antes de marcharse, ella y yo solas junto a la puerta, me cuenta que su suegro y la esposa comieron en su casa: una mesa de gran señora; los mejores pulpos en su tinta... El sábado (es martes) ella y Fuoad se irán por un tiempo a Houston con su suegro, que está intranquilo por la situación del país. Vendrán a comer el viernes para despedirse, quiere comer chuletas de cordero a la turca.

Está hermosa con su balerina verde y dorada, sus ojos brillan en el inicio de la noche. Va a recoger a su marido.

Cuando me besa al despedirse, me inunda su vitalidad. Mientras le digo adiós desde la puerta, me pregunto sobre el misterio de la vida, sobre la verdad de su belleza.

II

El timbre del teléfono me despierta; debo estar cayendo en el sueño profundo porque lo escucho lejos y me cuesta trabajo despertar. Medio dormida tomo el auricular. Es la voz de la madre de Fouad; me sorprende, me asusto.

—No quisiera ser yo la que da esta noticia. Secuestraron a Fouad e hirieron a Irene; está en el Seguro Social.

Por unos momentos no comprendo nada; mi cerebro se resiste a entender. No sé cuantos segundos eternos pasan.

—¿Me escuchas?

—¿Qué le hicieron a mi niña? ¿Dónde está?

—En el Seguro Social. No vayas sola.

III

Cuelgo como si entrara en una pesadilla. No puedo levantarme; cuando lo hago, estoy a punto de caer al suelo. Llamo a mi hija mayor y le repito las palabras que acabo de escuchar. Tengo que despertar a mi hija pequeña, que duerme en el cuarto contiguo, y pasarla a dejar a casa de su hermana; su marido me acompañará al hospital.

Me visto con dificultad. Estoy aturdida, como si me hubieran dado un golpe en la cabeza que me impide pensar. Mi cuerpo no responde. Fuera de mí, a duras penas logro vestirme; no sé qué ponerme, la ropa se me cae de las manos. Trato de concentrarme para entrar en el cuarto de

mi hija menor y despertarla. No puedo pensar, sólo repito en silencio: ¿qué le hicieron a mi niña?

IV

Mi yerno sube al coche y toma el volante. Le cedo el mando: no tengo fuerza alguna, me abandona la voluntad. En el camino, recibe la llamada de un amigo que se ha enterado. Intuyo el horror, me paraliza un sudor frío, una espada se me clava en el pecho. Atino a hilar cabos. ¿Por qué la llevaron al Seguro Social? ¿Por qué se ha corrido la noticia? Repito en silencio los versos de Vallejo: “Hay golpes en la vida, tan fuertes... yo no sé / golpes como del odio de Dios...”.

V

Cuando llegamos al hospital, hay varias personas esperándonos afuera, entre ellos mis sobrinos. Me abrazan, la intuición se convierte en certeza.

—¿Dónde está Irene?

Mis sobrinos no pueden contestar, no recuerdo quién me informa que debo entrar a reconocer el cuerpo. Mi yerno me toma del brazo. No siento las piernas, sé que avanzo porque él se mueve.

Un doctor me mira con tristeza, casi diría con miedo. Corre una cortina blanca. Me acerco a la camilla. El cuerpo está cubierto por una sábana. Pálida como sólo es pálida la muerte, el pelo recogido y un tubo en la boca. Aún así, nunca ha sido más hermosa la muerte.

—Es mi hija.

—Llegó sin vida. Intentamos reanimarla, pero fue imposible. Los de la ambulancia dijeron que vivía. Debe haber fallecido al entrar. Tiene 26 orificios en el cuerpo, hubiera sido imposible... Lo lamento.

26 años tenía mi hija, 26 veces cruzaron su cuerpo balas asesinas, 26 veces le quitaron el color, el aliento... la vida. 26 veces se clavan las mismas balas con un martillo en mi cabeza. Me rompen, me vacían. No lloro, no grito.

VI

Mi yerno me deposita en los brazos de mis sobrinos. Debe regresar a su casa antes de que mi hija mayor, su mujer, se entere por boca de alguien más. La noche es joven, joven como era mi hija. Me dejo llevar. 26 veces 26 repito sin cesar los versos de Vallejo. He olvidado los rezos. Mis hermanos vienen en camino.

9 de junio

*Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.*

Miguel Hernández

I

Aún no amanece. No hay lugar en este vacío que soy para otra cosa que no sea el dolor. Ni enojo, ni deseo de venganza. Estoy vacía y no puedo oponer ninguna resistencia. El dolor me domina.

Seis balas —que hicieron 26 orificios en su cuerpo— me arrancaron una parte de mí, y el dolor es tan fuerte que abotaga. Mentira que las parimos completas. Algo de nuestras hijas permanece en nosotros, algo que sólo les entregamos al morir. Es la ley natural: las madres mueren antes que las hijas. Las mujeres guardamos poca cosa: la vida, llama que nos mantiene como especie. Nunca tuve antes conciencia de esta verdad, hasta ahora que me la arrancan brutalmente. Esta llama que muere, no quema: me deja en carne viva.

Materia maltratada y sangrante, cabeza lapidada, brazo que despedaza una granada, pecho apuñalado... Espalda acribillada.

Ni quiero ni puedo escuchar el consejo de nadie, pero la compasión me arropa. Mi llanto es equitativamente opuesto a la fuerza que tenía su sonrisa, a la luz que brillaba en su mirada. Si su boca se cerró para siempre, si se extinguió

la luz de sus ojos, que se sequen los míos y el llanto detenido me pudra.

Alguien se acerca. No eres tú. Quiero volver a verte. Cierro los ojos y sólo veo tu pálido rostro detenido. Mi niña, mi tesoro, uno de mis orgullos. ¿Por qué no estuve allí para defenderte? ¿Por qué no pude acompañarte? Arrancarte de los brazos de esa muerte que no era para ti... Si era fatal tu sino, ¿por qué no pude al menos acompañarte, cerrar tus ojos, tomar tu mano, consolarte? Si te traje a la vida unida a mí por un cordón de sangre, ¿cómo no intenté regresarte a la vida con mi aliento por el tubo que tenías en la boca?

II

Funeraria Bosques del Recuerdo. Al lugar del llanto se acercan mis amigos, mis conocidos y mis enemigos. Algunos no se atreven y mandan de emisarios a sus hijos.

No sé de labios de quién recibo la noticia. Apareció Fuoad; hace unas horas encontraron su cadáver en un muladar cercano a la ciudad. Casi desnudo, su cuello cercenado. Lo dejaron desangrarse... la vida se le fue poco a poco por múltiples heridas.

Un amigo me abraza y dice entre sollozos:

—No te merecías esto.

¿Alguien se merece que le asesinen a su hija por querer salvar a su esposo? ¿Alguien se merece que maten a su yerno después de torturarlo? Ni yo, ni nadie. Si existe Dios, ¿en dónde estaba anoche entre las 10:30 y las 3:30 de la madrugada? ¿En el mismo lugar en el que se escondía mientras estallaban las bombas de Hiroshima y Nagasaki? ¿En el mismo lugar donde dormía mientras los nazis construían sus cámaras de gas?

¿Qué fuerza demoníaca, perversa, permite que sucedan estas cosas?

Sé que estoy viva porque me escucho respirar, pero miro las cosas como si viviera fuera de mi cuerpo. Como si otro ser me habitara. Sigo vacía. Ni siquiera las lágrimas que salen de mis ojos me devuelven la vida.

Los disparos que mataron a Irene me traspasan, mis pies han dejado de pisar el suelo. De abrazo en abrazo me mantienen en pie el amor de mi familia, la solidaridad de mis alumnos y mis amigos. Cada palabra de condolencia me lava un poco la herida. Las dos hijas que me quedan están lejos. Cada una vive, a su manera, la muerte.

En el fondo de cada abrazo, en el eco de cada frase de consuelo, muero y revivo. No sé de dónde me salen tantas lágrimas; debe ser que lleno otra vez mi fuente con las de todos los que lloran conmigo.

Percibo, en el marasmo de la nada que atisbo, cada vez que me sueltan, que no quiero, porque no me sirve, ninguna explicación. Sólo la compañía de los que se acercan — tristes, asustados, rabiosos, desconsolados— me mantiene viva. Sola, sería un guiñapo, apenas un despojo insensible; acompañada, soy un alma que pena, retenida por todos en la vida.

Como un pedazo de trapo que pasa de mano en mano, percibo que los abrazos de los que la querían me rehacen, me devuelven a mí, me hacen otra vez sentir... Sus brazos, que también son mis brazos. Ojalá fueran los brazos de mi hija.

Se acercan sus cuatro amigas inseparables. Me abrazan, falta un cuerpo. Sentimos el vacío.

«MÉXICO 2010. DIARIO DE UNA MADRE MUTILADA»
DE ESTER HERNÁNDEZ PALACIOS SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN JUNIO 2012 EN LOS TALLERES DE SERVICIO
FOTOTIPOGRÁFICO S.A. CERRO TRES MARÍAS NO. 354,
COL. CAMPESTRE CHURUBUSCO, C.P. 04200, MÉXICO, D.F.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES